

## LA FRONTERA Y EL CORREO Y SUS FRONTERAS

---

ANTONIO LINAGE CONDE  
Correspondiente de la Real Academia de Buenas  
Letras de Barcelona

A Dostoyevski le complacía tanto la correspondencia que retrasaba la lectura de algunas cartas, deleitándose mientras tanto con la contemplación o el tacto acariciante de los sobres. Sully Prudhomme no se cansaba de releerlas, seguro de descubrirlas nuevos valores cada vez<sup>1</sup>. Eça de Queiroz escribió: “Una correspondencia revela mejor que una obra la individualidad, el hombre. Además, una obra no siempre aumenta el peculio del saber humano, pero una correspondencia reproduce forzosamente las costumbres, los modos de sentir, los gustos, el pensamiento contemporáneo y ambiente, enriquece siempre el tesoro de la documentación histórica. Añádase que las cartas de un hombre, por ser el producto cálido y vibrante de su vida, contienen mayores enseñanzas que su filosofía, que es sólo la creación impersonal de su espíritu<sup>2</sup>”. ¿Serían posibles actuaciones parecidas ante los mensajes del correo electrónico?<sup>3</sup>. Por extraño que nos parezca, no hay que descartarlo ra-

---

<sup>1</sup> Hacia 1607, el inglés John Donne decía: “Esto de escribir cartas, cuando se hace con alguna variedad, es una especie de éxtasis, y una salida y secesión y suspensión del alma, que entonces se comunica con dos cuerpos”, definiendo las cartas como sellos y testimonios, *seals and testimonies*, de una amistad mutua, *a mutual friendship*. En un libro a cual más amable y sugestivo, el *Viaje alrededor de mi cuarto*, de Xavier de Maistre, leemos: “¡Ah! ¡Cuán henchido está mi corazón! ¡Cómo goza tristemente cuando mis ojos recorren las líneas trazadas por un ser que ya no existe! ¡He aquí sus caracteres, es su corazón el que guiaba su mano, es a mí a quien escribía esa carta, y esta carta es todo lo que me queda de él”.

<sup>2</sup> *Correspondencia de Fadrique Méndez* 8 (en “Obras Completas” 2, Madrid, 1948, p.1191).

<sup>3</sup> Un comparatista, Claudio Guillén, se ha ocupado de la escritura epistolar como literatura posible, la de las cartas escritas y enviadas en la realidad, y también de sus fronteras, no siempre nítidas, con

dicalmente. Pero aquí nada vamos a decir de esta nueva manera de comunicación<sup>4</sup>, ni siquiera discutir si sigue siendo epistolar o se trata de una novedad híbrida, el teléfono escrito<sup>5</sup>. Lo cierto es que, bastante antes de su aparición, el teléfono, en un principio reservado a las minorías o para los avisos urgentes, venía haciendo la competencia abrumadora al correo<sup>6</sup>. En todo caso, la hora de la historia, dando sus campanadas con un sonido insospechadamente nuevo, fue también el toque de difuntos de la universalidad generalizada de la filatelia y sus manifestaciones más populares, sin que como veremos la metamorfosis implique una decadencia en todos sus aspectos<sup>7</sup>. La metamorfosis de la filatelia decimos, no de la del correo, que nos llevaría a otras consideraciones<sup>8</sup>.

---

las cartas imaginarias. Habla de una vertiente de fantasía en las cartas verdaderas, y opina que las cartas suprimen las distancias entre la literatura y la vida, siendo “la expresión del afecto, la amistad y el amor”. Cita a este propósito, entre las cartas familiares, las de Cicerón, Séneca, Plinio, San Ambrosio, los Padres de Capadocia, y los jesuitas de Oriente y Occidente; *La escritura feliz: literatura y epistolaridad*, en el libro “Múltiples moradas. Ensayo de literatura comparada” (Barcelona, 1998) 177-233. En cuanto a los linderos del género, y pensamos en la forma de carta como vehículo de otros, puede verse el volumen colectivo *Érudition et commerce épistolaire. Jean Mabillon et la tradition monastique* (ed. D-O. Hurel; Paría, 2003).

<sup>4</sup> Nos acordamos, a su propósito, como contraste radical, del empaque de la entrega postal que fue. Por ejemplo, en 1698 el Correo Mayor escribía desde Madrid a un destinatario de Salamanca: “Señor mío: En este oficio de Correo Mayor de Italia y Flandes hay carta de dichas partes para Vuestra Merced. Doyle este aviso para que mande acudir por ellas, y a mí en que le sirva. Dios guarde a Vuestra Merced muchos años”. O uno de tantos, el registro de embarque del bergantín *Ramoncito*, el 30 de septiembre de 1850, de Vigo a La Habana, la entrega al reverso el 30 de noviembre; el fechador prefilatélico, el franqueo de cuatro sellos de 6 reales y dos de 5 reales, obliterados por el mataselos de araña negra.

<sup>5</sup> De una exposición hemos copiado este membrete: “Mateos y Orozco de Sevilla. Fabricantes de libros rayados y sobrescritos de papel. Donativo de 30.000 cartas a los defensores de la patria en Melilla”. Fijémonos en que la evocación del pasado de esta pieza postal llega incluso a la del género de comercio en cuestión. Los objetos de escritorio no tienen la relevancia de entonces.

<sup>6</sup> Para dos acontecimientos similares, los dos Concilios del Vaticano, separados por menos de un siglo, se ha notado cómo, mientras la epistolar fue una de las principales fuentes para historiar el Primerodocientos cartas algún día, se decía llegó a escribir el combativo obispo de Orléans, Dupanloup-su trascendencia en el Segundo resultó mínima. Unas cartas encontradas por casualidad en un desván, escritas por gente anónima y corriente, han dado lugar a un estudio del máximo interés histórico y sociológico, el de Martín Turrado Vidal, *La vida alegre en Madrid. Un prostíbulo en la Restauración* (Madrid, 2007).

<sup>7</sup> En Suecia, un gran edificio postal, el de Tallberg, está dedicado a residencias de funcionarios de correos jubilados. Nosotros nos aplicamos esa mutación al evocar aquí un pasado definitivamente ido, pero vivo como lo están la memoria y sus recuerdos, el pasado sin más, y de ahí la trascendencia de la historia, lo cual no está en ese supuesto magisterio de la vida que se le atribuye y la realidad desmiente.

<sup>8</sup> En una novela de Henning Mankell aparece un club de negadores del correo electrónico, cuyos miembros se comprometen a ir a diario a una oficina del correo tradicional.

Y aunque parezca presuntuoso, debemos comenzar definiendo la filatelia. Ésta es el coleccionismo de las marcas y los sellos que testimonian el transporte postal y, principalmente a través de ellos, el conocimiento de la historia del correo. Se nos puede objetar que esta noción es subjetiva. Sería la filatelia tal como nosotros la concebimos o preferimos, mientras que vastos ámbitos de la misma no encajarían en ella o lo harían muy tangencialmente. Lo cual yo no voy a negar. Pero, como pasamos a explicar, se trataría de desviaciones o de la hipertrofia de reductos accidentales, mientras que nuestra postura está abonada por las mentalidades que antes dieron a luz a la filatelia misma, al poco de la aparición de los sellos de correos, y ahora responden a esa misma sensibilidad que felizmente ha desbordado el argumento del sello, hasta acabar viendo en éste sólo uno de los capítulos de la pasión por la historia postal y su poesía.

Es evidente que la filatelia surgió al coleccionarse los sellos de correos, no mucho después de la novedad de éstos, a mediados del siglo XIX. Ya se habían inventado el ferrocarril y la navegación a vapor. Los viajes habían dejado de ser una aventura individual, pero no estaban al alcance de la mayoría ni habían llegado a una seguridad programada, estaban muy lejos de hacer parte de la cotidianidad. El hombre no había perdido la capacidad para el asombro. Ese tiempo era pintiparado para dejarse atraer por el señuelo de los sellos, para viajar a su través, soñar con la alegría de andar y el descubrimiento de mundos distintos. En tanto que para la minoría que viajaba podía ser un recordatorio más. Por eso los coleccionistas exigían los sellos matados, testigos de que habían viajado, de sus propios viajes. Hemos visto una tarjeta postal de 1910, franqueada con un sello de 15 céntimos de los llamados del medallón de Alfonso XIII, con este membrete por remite: “Eusebio Canfranga. Viajes, navegación, turismo. Venta de billetes de ferrocarril del Estado Italiano y venta de toda clase de billetes de ferrocarriles internacionales. Pasajes con cualquier destino. Cambio de monedas. Cables, telegramas y telefonemas *Cafranga*. Oquendo 7. San Sebastián”. ¿Hace falta que ponderemos la significación tan diversa que este anuncio tenía entonces de la de los equivalentes de ahora?

Y no fue una casualidad, andando el tiempo, que la apertura en las colecciones a los sellos nuevos coincidiera con el cambio de la época misma. Las palabras de la radio, las imágenes del cine, los avances de la aviación, iban disminuyendo la atracción por la evocación de unos viajes que se iban acercando en la realidad. Y así los coleccionistas de sellos nuevos, que a decir verdad lo eran de estampas, no se sentían defraudados por su silencio y su inmovilidad ni echaban de menos las marcas postales.

En la siguiente etapa, cuando los viajes, en nuestro primer mundo, llegaron a ser una vertiente normal de la vida corriente y la capacidad para el asombro que-

dó muy debilitada, fue cuando los sellos fueron siendo sustituidos por estampillas menos atractivas o incluso por marcas mecánicas de franqueo<sup>9</sup>, y los envíos postales dejaron de reflejar sus itinerarios, a veces incluso ni el origen. Un fenómeno no casual. Se seguían emitiendo sellos, pero para venderlos a los coleccionistas, sin usarse apenas en el correo. No hace falta que califiquemos filatélicamente esta abominación de la desolación. Concebir a los niños de ese tiempo coleccionando sellos como nosotros lo hicimos no es siquiera imaginable. Y al fin llegó el correo electrónico.

Pero el ensueño, la nostalgia, la curiosidad, no podían morir. Los viajes de la actualidad no eran capaces de despertarlas como lo habían hecho los del tiempo en que la filatelia empezó a su conjuro. Pero quedaba el tesoro de los viajes del pasado, de esa manera sustituido el espacio por el tiempo. Así, el entusiasmo por la historia postal tomó el relevo del coleccionismo de sellos. Extendida al período anterior a la aparición de éstos. Prefilatelia que se dijo al principio. Pero se trataba de un nombre que nunca debió tener. Al fin y al cabo la del sello no fue sino la última etapa de un pasado de milenios. Mas lógico sería llamar postfilatelia a aquélla. Claro está que los documentos enviados postalmente que permiten seguir en ellos mismos su itinerario, son más y más escasos a medida que nos alejamos cronológicamente. Pero felizmente abundan desde la aparición de las marcas postales. Y basta una ojeada a cualquiera de las grandes exposiciones de nuestros días para darnos cuenta de que ese ámbito es el del presente y el futuro, hermanado con la continuación del mundo de los sellos que fueron, pero preferentemente no sólo matados sino en los soportes enteros de su envío<sup>10</sup>.

Volviendo la vista atrás como es ineludible, hemos de convenir en que, gracias al coleccionismo, la filatelia conoció un esplendor y alcanzó unas cotas en otro caso impensables. Pero con sus sombras también. Hoy mismo, en las exposiciones, hay mucha más gente agolpada en los puestos comerciales buscando las piezas de interés para la propia colección que contemplando los cuadros de las colecciones ajenas expuestas. Ha sido frecuente llegar a la manía en detrimento del entusiasmo sereno.

---

<sup>9</sup> Pero reconocemos que las franquicias mecánicas concretas, por su índole estrictamente postal, eran materia rigurosamente filatélica; véase Paulo Sà Machado, *Catálogo de franquias mecánicas* (3ª de, Oporto, 1978).

<sup>10</sup> Últimamente se vienen admitiendo en las exposiciones filatélicas los sellos fiscales. Éstos se han empleado alguna vez para el franqueo postal, y a la inversa. Pero salvo esos casos, su relación con el correo no existe (su identificación con los sellos de éste como signos de valor en el derecho fiscal nada nos dice). Sin embargo, con buena voluntad, es posible ver también en los documentos que los soportan mensajes evocadores que nos llegan del pasado y algún parecido tienen por ende con las cartas.

La idolatría de la calidad fue uno de los escollos. Pensemos en el repudio de los sellos que tuvieran la más leve huella de las tiras adhesivas anteriores a las actuales bandas negras, por no hablar de las dejadas imprudentemente por las pinzas<sup>11</sup>. La atención dispensada a los errores y las variedades se exagera<sup>12</sup>. Un ámbito estimable mas, al fin y al cabo, perteneciente al exclusivo dominio de la curiosidad, pero ésta apenas evocadora. Como también dijimos de los sellos nuevos, desde nuestra óptica, y aparte su valor estético, únicamente valorables como potenciales protagonistas del franqueo que nunca les llegó. Tenemos noticia de un niño que se empeñó en reunir un sello de uso corriente con un matasellos de cada día del año. Una postura más pulcramente filatélica que muchos refinamientos ostentosos<sup>13</sup>.

Por otra parte, la filatelia originó la creación artificial de envíos postales sin otro motivo ni contenido que la satisfacción prefabricada del propio coleccionismo, tal el sobre dirigido a Don Quijote de la Mancha a Argamasilla de Alba, devuelto al remitente benévolamente con esta explicación: “Don Quijote sólo existió como personaje literario”. De ahí que algún coleccionista se haya detenido en 1870, temeroso de dar cabida a alguno de esos estólidlos artificios que comenzaron a partir de esa fecha.

Otro capítulo es el económico. El sello ha llegado a ser objeto de inversión. La filatelia ha movilizado mucho dinero. Y ya sabemos que, por doquier donde estas situaciones se han dado, no ha sido posible esquivar el doble filo del arma. Pensemos en el fenómeno del fútbol contemporáneo.

---

<sup>11</sup> Oigamos a un testigo: “Yo caí, como todos, en la rutina de hacer una colección *normal*: sellos nuevos sin charnela, goma impecable, picos perfectos, centraje maravilloso y protegidos por tiras Hawid... y entré en el rebaño. Hasta que me cansé, y me cansé entre otras cosas cuando vi que la gente lo primero que miraba no era el sello. Lo primero que hace es darle la vuelta y apreciar minuciosamente cómo está la goma. Para ello hacen a veces un baile ridículo, sello en mano, para que la luz de la ventana o la lámpara convierta el reverso en un espejo perfecto. Parece como si fueran buscando que tenga algún defecto, y entonces aprecias una ligera sonrisa, y señalan con el dedo donde está el pecado mortal, del sello y tuyo por tenerlo y mostrarlo, cuando en realidad con ese pecado es despreciable, peor que un sello usado y casi peor que un sello manchado de café o tortilla. Yo en un caso respondí: *-Déjale, déjale, que amo este sello y no me desharía de él por nada del mundo-*”; José-María Yagües Arranz, *Segovia y lo segoviano en la filatelia española*, en “El Ingenio. Revista de Numismática y Coleccionismo de Segovia”, núm. 5 (2011) 6-19.

<sup>12</sup> Por ejemplo los defectos de pliegue de acordeón, de reporte, y de impresión y plancha; las pruebas –como las de punzón del diseño–, los proyectos –sin las marcas secretas de los sellos emitidos– y ensayos de plancha y color.

<sup>13</sup> Un ejemplo de colección formada con arreglo a estos valores fue la llamada Sibelius, *Classic Finland*, subastada el 6 de abril de 2003 en Zürich (Núm. 135 de Corinphila su catálogo).

Recuerdo de un abogado de secano que se hizo comerciante en sellos pensando era un medio fácil de obtener buenos beneficios. Me ofreció la serie de Montserrat de 1931, con dos sellos toscamente descentrados. Se lo hice ver. Me replicó que, al tratarse de los de valor facial más bajo y por eso también más abundantes y baratos, el contemplador de la serie tendría ante todo en cuenta esa circunstancia, desdeñando el defecto por su escasa repercusión en el precio. No existía pues para él ni siquiera la noción del agravio estético, como para los poseedores de acciones no cuenta la tipografía de los resguardos de sus valores. Ante tal postura sería uno despreciable de no sentir desprecio.

Recuerdo también la magnífica exposición mundial de Madrid el año 1975. Los sellos emitidos para conmemorarla sólo se vendían allí, al menos eso se creía. Las colas para su adquisición duraban casi la jornada entera. Apenas había tiempo de ver nada cuando al fin se tenía en las manos la ansiada presa. Mientras que era muy raro utilizar las entradas fluidas que no daban derecho a esa adquisición. Un espectáculo de mendicidad denigrante, pues no respondía a la necesidad sino al vicio, bastando para así juzgarlo tener en cuenta las cantidades en juego y el nivel de sus sacrificados perseguidores. Por supuesto que la filatelia se ha dignificado al desembarazarse de cultores semejantes.

Mas no debemos dejar que las pequeñas miserias nos aparten de nuestro gran argumento. Hasta fines del siglo XIX los sellos se emitían para cubrir las necesidades del franqueo de la correspondencia nada más. Sus motivos eran poco variados, casi siempre la efigie del soberano, alguno muy emblemático, por ejemplo heráldico, incluso cifras. Teniendo en cuenta la diversidad de las tarifas postales, cada serie se componía de varios valores, diferenciados casi siempre por el color.

En esos últimos años de la centuria de la aparición del sello empezaron las emisiones de los llamados conmemorativos. Lo eran para el correo también, pero no se proponían exclusivamente satisfacer sus exigencias, ya cubiertas por las series ordinarias, sino dar lustre a algún evento o personaje. Así en Grecia los primeros juegos olímpicos, en los Estados Unidos la efemérides de 1492, en Portugal y en España los centenarios de San Antonio y del Quijote, éste ya en 1905. Con el tiempo, estas emisiones conmemorativas, aunque menos usadas y de tirada más corta, inundaron la filatelia y eclipsaron a las de uso corriente, casi siempre menos bellas pero más estrictamente postales<sup>14</sup>. El riesgo estribaba en desplazar el interés de lo

---

<sup>14</sup> Y que también hacían posibles las evasiones del espíritu. Ante una colección dedicada a la sueca del rey Oscar II, a mí se me vino a las mientes la salutación que Rubén Darío escribió al soberano, cuando

postal a lo que desde su óptica no podía ser sino accesorio. Era difícil obtener la emisión de un sello, algo estricta y rigurosamente reglamentado. En el centenario de San Benito, el año 1980, yo conseguí algo ya fuera de plazo, que España fuera uno de los países que le conmemoraron filatélicamente, gracias a mi compañero en el notariado, José-Luis Álvarez, entonces ministro del ramo, o sea de Transportes.

Así las cosas, a mediados del siglo XX, se inició una nueva manera de coleccionismo, el temático, de los sellos referentes a una misma materia<sup>15</sup>. Las posibilidades eran muy amplias, y salta a la vista que cada coleccionista tenía una cierta libertad para formar y presentar sus argumentos<sup>16</sup>. Desde luego que la novedad llegaba a expandirse incluso por los dominios de la imaginación y se llegó a consecuciones muy atractivas. El riesgo era preterir la inexorable vertiente del uso postal de las piezas temáticas. Mucho desarrollo adquirieron las de tema cristiano, tituladas de San Gabriel, con actividad en varios países y alguna revista específica, de alto nivel la alemana, *Gabriel*. Algo después surgió la maximofilia, de fotografías u otras reproducciones a gran escala del motivo de los sellos en la realidad, agravado aún más el peligro del eclipse de su empleo en el correo<sup>17</sup>.

---

visitó España a raíz del desastre del Noventa y Ocho, su argumento un genuino encuentro de culturas. Otra colección estaba dedicada a la emisión también portuguesa, variada y sugestiva, del centenario de Camilo Castelo Branco, el novelista que Unamuno reconocía ser una de sus debilidades. En ese caso la serie postal se había propuesto la evocación en sí. En otra coordenada, en Chile tuvo lugar en 1894 la Primera Exposición de Minería. El 2 de diciembre fue el día de Alemania. La Litografía Alemana allí imprimió 2.400 tarjetas postales, ilustradas con una reproducción de maquinaria. A su vista en la Exfilna de Madrid el año 2010, ¿cómo no recordar la odisea de los mineros rescatados recientemente de la mina San José en aquel país?

<sup>15</sup> Cuando le enteraron de ello al comerciante Manuel Gálvez, entonces hospitalizado, comentó que en filatelia todo era posible, y alentó irónicamente a su comunicante a coleccionar sellos que representaran caballeros barbudos. Yo fui cliente de la tienda de Gálvez, ya fallecido éste, para varias colecciones temáticas.

<sup>16</sup> Uno de los primeros sellos que yo tuve en mi infancia fue uno francés, que representaba a Descartes, anchuroso el rostro, muy vivo el rojo de su color. Le volví a ver en una colección dedicada al corazón. Estaba allí porque el filósofo había sido partidario de la teoría de la circulación de Harvey.

<sup>17</sup> Cuando comenzó el correo aéreo, los primeros vuelos, entre otras cosas, despertaron una gran expectación, lo que implicó la creación de abundantes documentos postales artificiosos. Hemos visto un sobre dirigido al Presidente de la República Portuguesa, desde la Delegación de su país en la Conferencia de la Paz que siguió a la Gran Guerra, en el cual se indica que sería entregado en propia mano al mandatario por los aviadores Maia y Portella. Si éstos se hubieran limitado a sustituir al cartero, nada habría que objetar desde el punto de vista de la historia postal. Pero es evidente que no se estaba exclusivamente en ese supuesto.

Uno de los postulados de la filatelia es que el material no filatélico que se incluya como adorno en las colecciones sea mínimo, sin llegar nunca a hacer la competencia a las piezas postales. El arzobispo de Nueva York, Francis Spellman, reunió una espléndida colección de los sellos a los que llamaba “pequeñas obras de arte, mensajeros de Cristo”. Pero se llamó la atención en torno al exceso de carga no postal que tenía, por ejemplo abundantes ilustraciones a mano encuadrándolos<sup>18</sup>. Esa era una tentación más acusada en la filatelia temática.

Mas Dios escribe derecho con renglones torcidos. Uno de los adornos adecuados para una colección sobre un lugar o personaje es un sobre con un membrete en el que de una u otra manera sus nombres figuren. Pensemos en las empresas que tienen el de Cervantes. Así las cosas, si ese sobre está franqueado y circulado, ya no es un adorno de la colección sino que entra en ella de pleno derecho, y además refuerza la dimensión postal que como hemos visto puede estar un poco preterida en las de ese género.

Y por ese camino llegamos a toda una rama de la filatelia, reciente pero de una rigurosa ortodoxia, la llamada filatelia social, que se ha impuesto merced al impulso recibido de las lejanas Australia y Nueva Zelanda. Pensemos que el sobre o en términos más amplios el soporte al que se adhiere el sello está indisolublemente ligado a éste, lo cual evidentemente no se puede sostener de su contenido. Por lo tanto, el membrete que sirve a la vez de remite y de anuncio, el anuncio clamoroso cuando reglamentariamente está admitido, cualquier ilustración, se tintan de postalidad, son piezas filatélicas que participan de la índole de los sellos que hicieron posible su viaje. Digamos de paso que así los buenos tiempos de la tipografía industrial están representados en las colecciones. Un ámbito a propósito del cual yo he tenido la misma sensación evocadora que al contemplar los sellos mismos<sup>19</sup>. En una exposición, cuando después de haber visto cuadros anteriores al sello, forzosamente austeros, gozando con su encrucijada de evocaciones históricas, geográficas y poéticas, se tropieza con los colores de una colección de sellos, la vista se regocija, es evidente. Y lo mismo ocurre con ciertos sobres ilustrados.

Lo que nos lleva a uno de los reductos de las emisiones del correo que en las exposiciones tienen su propio apartado, los enteros postales, *Ganzsache*, cosas en-

---

<sup>18</sup> Las series vaticanas de la sede vacante, coincidentes con los cónclaves en que él había participado como cardenal elector, iban acompañadas en su colección de las firmas de todos los demás miembros del Sacro Colegio.

<sup>19</sup> M. del Mar Díaz González, *Asturias litografiada. El comercio y la industria en imágenes* (Gijón, 2004).



teras que dicen sencillamente los alemanes, *stationary* en inglés por la característica que los define, su índole no adhesiva. No se franquean con sellos sino que el franqueo está impreso en ellos mismos. Eran las tarjetas que ordinariamente circulaban en España. En el lenguaje común se llamaban tarjetas postales también las fotografías que como recuerdo solían enviarse en los viajes, pero franqueadas con un sello adhesivo. No eran pues enteros postales. Las tarjetas que merecían este título tenían la cara donde el franqueo estaba impreso reservada para la dirección y la otra para escribir el texto. También ha habido sobres prefranqueados de la misma manera. Y los aerogramas, el medio más barato de correo aéreo, tienen la misma naturaleza.

Pero no todas las tarjetas postales en sentido estricto se limitaban a imprimir su título de tales y su franqueo, como en España corrientemente ocurría. Las había también, y lo mismo los sobres, ilustradas por la misma administración postal<sup>20</sup>. Desde muy pronto las hubo en el Estado australiano de Victoria y en Tasmania, por poner ejemplos<sup>21</sup>. En cuanto a los sobres, ha habido, y en España concretamente, algunos profusamente cubiertos de anuncios, pero eran genuinos enteros postales que servían de tales mediante convenios de los interesados con el correo, sujetándose a ciertas normas<sup>22</sup>. Se ha podido ya formar colección con la publicidad en ellos meramente dactilográfica. Cuando ya la máquina de escribir se ha hecho una pieza más del acervo de la nostalgia. Un dominio pues éste de la filatelia social que duplica las posibilidades evocadoras de gentes, de lugares, de cosas, de mensajes, que la filatelia lleva consigo y es su esencia.

Del telégrafo hay que reivindicar su naturaleza de correo urgente, además de caro, hasta cierto punto abierto, y conciso. La conexión de sus oficinas con las postales, la utilización de sellos de correos para telégrafos –al fin y al cabo sin ninguna diferenciación desde nuestro punto de vista con los específicos telegráficos– y la analogía de la documentación de ambos servicios, hace necesaria su plena incorporación a la filatelia. Ni que decir tiene que desde nuestra óptica evocadora no es concebible ninguna limitación a esta apertura.

<sup>20</sup> En algunas emisiones de Chile, los colores de la tipografía –gris y blanco sobre azul, gris sobre rosa, naranja sobre azul pálido– eran de por sí hermosos, con valor ilustrativo la misma escritura.

<sup>21</sup> Es grato consultar el libro de Martin Willoughby, *A History of Postcards* (Londres, 1992). Anticipamos un ejemplo de la riqueza del mundo filatélico en su conexión con la historia sin más, citando el de T&V. Holt, *Till the Boys Come Home. Picture Postcards of the First World War* (Londres, 1983).

<sup>22</sup> El Anunciador Postal era una empresa con su patente de invención, cuya dirección general estaba en el número 14 de la calle Santa Inés de Cádiz, “empresa anunciadora en sobres y tarjetas postales franqueados por el Estado”. También existió la Carta Postal anunciadora de España, con privilegio exclusivo, en los números 18 y 20 de la calle madrileña del caballero de Gracia.

El desarrollo del coleccionismo llevó consigo una abundante literatura erudita sobre el tema. Se señalan entre sus obras pioneras las dos de Victor Suppanttschich, *Bibliographie zugleich Nachschlangebuch der gesammten deutschen philatelistischen Literatur und ihrem Entstehen bis Ende 1891*, y *Entstehung und Entwicklung der Philatelistischen Literatur in der zweiten Hälfte des XIX Jahrhunderts*, publicadas en Munich y en Viena a diez años de distancia<sup>23</sup>. De 1908 a 1915 apareció en Londres el “Journal of the Philatelic Literature Society”, y en 1911 se catalogó por Edward Denny Bacon la biblioteca filatélica del Earl de Cramford<sup>24</sup>. Pero entonces ya habían proliferado los libros y las revistas por doquier<sup>25</sup>. Cuando en 1969 Luigi Piloni publicó una *Bibliografia della posta e filatelia italiane*<sup>26</sup>, sostenía “L’Osservatore Romano” que los estudios sobre ese argumento estaban a la máxima altura erudita, dignos de los niveles más exigentes académicos y universitarios.

En España, después de la *Reseña histórico-descriptiva de los sellos de correos* del país en 1881, del entusiasta funcionario postal Antonio Fernández Duro, y de tres libros posteriores en el extranjero<sup>27</sup>, se llegó a una obra magistral, la *Guía del coleccionista de sellos de correos españoles de 1850 a 1900*, del médico Arturo Tort Nicolau<sup>28</sup>, cuya publicación honra al Grupo Filatélico de Reus<sup>29</sup>. Es exhaustiva la atención a los detalles y las variantes y muy atractivas la reproducciones, pero no se pierde de vista el uso postal, incluyéndose los matasellos registrados en las emisiones<sup>30</sup>.

Para los coleccionistas era imprescindible tener una relación completa de los sellos emitidos en los países de su dedicación. A su servicio aparecieron catálogos mundiales, con ediciones anuales o por breves períodos para incluir las novedades,

---

<sup>23</sup> Sin que se deba confundir la filatelia con el correo; el doctor Thebussem ya citaba el libro de Veredarius, *Das Buch der Weltpost*, publicado en Berlín el mismo año 1891.

<sup>24</sup> Con suplementos anuales hasta 1916 y una adición en 1938.

<sup>25</sup> Véase el libro de Manfred Amrhein, *Philatelic Literature. History and Bibliographie* (San José de Costa Rica, 2006).

<sup>26</sup> (“Biblioteca di bibliografia italiana”, 33; ed. Leo S. Olschki, Florencia).

<sup>27</sup> J.-B. Moens, *Les timbres poste employés en Espagne* (Bruselas, 1891); Rudolf Friederich, *Die Postwertzeichen Spaniens* (Berlín, 1894), y Hugo Griebert, *The Stamps of Spain* (Londres, 1919).

<sup>28</sup> (Tortosa, 1878. Reus, 1950).

<sup>29</sup> En tres tomos, de 1935 a 1950; el primero no se terminó de imprimir hasta 1942.

<sup>30</sup> Entre los estudios recientes señalemos los de Michel Chauvet y Jean-François Brun, *Introduction à l’histoire postale de 1848 à 1878* (París, 2007), y Claude J.P. Delbeke, *La poste maritime Belgian* (Musée des Timbres et des Monnaies, Mónaco; 2009).

en Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Francia y Suiza, cada uno con alguna característica peculiar dentro de la forzosa unidad informativa. En Londres, Stanley Gibbons penetraba en la anatomía del sello<sup>31</sup>, y atendía a las marcas postales ligadas a algunas emisiones o usos o incluso sustitutivas del sello mismo<sup>32</sup>. En Nueva York, Scott, seguía esa línea y además de incluir marcas de la época colonial, era exhaustivo para todas las variedades del franqueo, habiendo allí algunas no federales, pese al título de su autoridad suprema, “Jefe de Correos de los Estados Unidos”. Teniendo en cuenta la variedad de administraciones postales que hubo en Alemania hasta la unificación<sup>33</sup>, y las cantonales helvéticas, los catálogos alemán y suizo, Michel y Zumstein, tienen interés metodológico. Excesivamente monopolizado por el sello y con menos atención al correo, el catálogo francés, Yvert Tellier, es una fiesta para los ojos por su apoteosis de reproducciones. Para España, el *Catálogo especializado Gálvez*, de 1850 a 1939, es indicativo de los conflictos que se dieron en la historia del país —otra de las posibilidades de la historia postal como microcosmos de la gran historia—, por la proliferación de las sobrecargas patrióticas y los sellos de recargo locales. De las numerosas revistas *all over the world*, citaré sólo las dos que tanto me hicieron soñar en aquellos postrimeros años, la italiana *Il Collezionista*, desbordante de gracia latina, como la alemana *Mauritius* de gravedad germánica.

Mas ya decíamos que el sello sin su matasellos sólo es una estampa. Aunque no sea posible apenas la exhaustividad en la catalogación de los matasellos, que por cierto cuando no se aplican sobre el sello para anular su valor postal, sino que se estampan en el sobre para indicar su llegada o tránsito, deben llamarse sellos de fecha, pese al peligro de confundirse esta nomenclatura con los sellos adhesivos. Siendo beneméritos los estudios que con rigurosidad han abordado el difícil tema, por ejemplo el de Ralph F. Putzel, *Handbook of Postmarks of South West Africa under South African Domination, 1914-1977*<sup>34</sup>, y el de G.S. Ryan, *Die Entwertungen der Ungarischen Postämter auf den ersten fünf Ausgaben Österreichischer Freimarken 1850-1867 während der Österreichischen Verwaltung*<sup>35</sup>.

---

<sup>31</sup> Se ha dicho que los estudios filatélicos, en Inglaterra insisten en el sello en sí, en Francia en todos los aspectos del mismo, y en Alemania en su uso postal.

<sup>32</sup> Es interesante el léxico internacional de filatelia que incluye.

<sup>33</sup> En el mismo caso estaba Italia; cfr., Mario Mentaschi y Thomas Matha, *Leter Mail from and to the Old Italian States* (Vignola, Módena, s.a.).

<sup>34</sup> (Bergvliet, 1977).

<sup>35</sup> En alemán, pero publicado en Londres el año 1980 por la Royal Philatelic Society.

*St. Helena Postal History* tiene por argumento la lejana y solitaria isla donde vivió los últimos años y murió Napoleón<sup>36</sup>. En ella se reproduce el sobre de una carta escrita en la India a la condesa Bertrand, que entonces navegaba con su marido en el navío *Bellerophon*. Iba dirigida a Plyumoth, donde habría sido normalmente entregada a la destinataria. Pero cuando llegó, el matrimonio había salido para Santa Elena haciendo parte de la comitiva del Emperador desterrado. La carta fue reexpedida allí. Una conexión con un gran evento de la historia universal. Nada parecido en otra que desde Caracas salió para la casa Montamat e hijos en Burdeos, el 8 de mayo de 1865, una de tantas<sup>37</sup>. El sobre nos informa de su llegada el día 31, como también de su paso por Calais y por París el día anterior. Respaldadas se llamaban en el léxico de correos las cartas que de esta manera venían ser poco menos que su diario de viaje. Una de tantas hemos dicho. Pero cada una con su mensaje singular, de cada remitente y a cada destinatario<sup>38</sup>. Una dimensión de la vida que nos conmueve ante los portes exentos del viejo correo para los pobres de solemnidad.

En cuanto a la historia postal anterior al sello, naturalmente que la historiografía hubo de atenderla<sup>39</sup>. No es una casualidad, por ejemplo, que quienes se han ocupado de ella en Italia, tengan que citar a Ludovico-Antonio Muratori, aunque no hayan sido lo profusos que la trascendencia del argumento requería los estudios particulares<sup>40</sup>. Fue el eminente erudito benedictino Jean Leclercq quien me señaló, al confesarle mi entusiasmo por él, el libro de Denis Gorce, aparecido en París el año 1925, *Les voyages, l'hospitalité et le port des lettres dans l'antiquité*. Pero hay que reconocer que la atención actual al mismo, incluso su coleccionismo, se está beneficiando de un interés que nos recuerda el que anteriormente tuvo nada más que el sello. Ahora bien, sólo a partir de la aparición de las marcas postales o de porteo resulta posible una dedicación que nada tenga que envidiar a la que gozó el período posterior a la que inexactamente se llamó prefilatelia.

---

<sup>36</sup> Publicada en Londres el año 1979 por Edward Hibbert.

<sup>37</sup> S. Ringstróm y H.E. Tester, *The Private Ship Letter Stamps of the World. 1, The Caribbean* (s.a. ni l.), p.47.

<sup>38</sup> Muy ilustradas y acervo de curiosidades son los dos libros monumentales de Pasquale Vasio, *La lettera nella storia e nell'arte* e *Il postiglione nella storia e nell'arte* (Editalia, Roma; 1975 y 1976).

<sup>39</sup> Para darse cuenta de la trascendencia económica del correo, tanto por sus consecuencias como por su coste, bastaría el libro monumental de Fernando Alonso García, *El correo en el Renacimiento europeo. Estudio postal del Archivo Simón Ruiz, 1553-1630* (Madrid, 2004).

<sup>40</sup> Podemos citar un discurso académico del Setecientos: F. Colleschi, *Dissertazione sulle poste degli antichi recitata nell'Accademia degli Apatisti* (Florencia, 1746).

Pero antes de seguir en él, hemos de dar un lugar a nuestra nostalgia de aquel servicio de correos también tramontado y sus beneméritos hombres. Tanto que su ejemplaridad es una enmienda que se presta a reflexión en torno a la supuesta incompatibilidad entre el monopolio y la bondad y eficacia, pues sus funcionarios desempeñaron su cargo con un interés y pundonor a que no han llegado los operarios de las empresas competitivas<sup>41</sup>. Baste recordar su apertura a un menester que excedía de sus obligaciones, la búsqueda de los destinatarios de inexacta localización, recurriendo a investigaciones cuasi policíacas<sup>42</sup>. En una exposición sobre la lotería vimos un sobre franqueado en los Estados Unidos cuyas señas eran: “El Gordo.Madrid”. En el Museo Postal de Frankfurt hay otro dirigido en 1937 a un pueblo de la Selva Negra, Höllenthal, con el plano de uno de sus barrios y esta dirección: “A la familia que en 1933 repartía la leche desde una de esas casas”. En la ciudad episcopal de Barbastro recuerdan a uno de aquellos hombres singulares que no han tenido sustitución, Vladimiro Salinas. Era entre otras cosas un buen dibujante y algunas de sus cartas por el correo interior sólo tenían en el sobre la caricatura del destinatario<sup>43</sup>.

Las cartas de señas inexactas<sup>44</sup> que no se habían podido entregar en el reparto normal eran pregonadas en cartería por si alguno de los carteros presentes podía identificar su dirección. En último extremo, eran destruidas al cabo de tres meses de no haber sido reclamadas. Los funcionarios no podían abrir en sus oficinas las cartas particulares a ellos dirigidas. Detalles reveladores para una composición de lugar.

---

<sup>41</sup> La situación que nosotros conocimos remontaba claramente al Real Decreto de 13 de julio de 1716, que mandaba administrar de cuenta de la Real Hacienda todas las estafetas y correos de dentro y fuera del reino y carreras de postas”.

<sup>42</sup> Véase el librito de Bienvenido Calvo Hernández, *Cartas y sobrescritos* (“Estudios postales”, ed. Narcea; Madrid, s.a.).

<sup>43</sup> No nos estamos ocupando de la actualidad a la vista. Sólo voy a citar, a guisa comparativa, un episodio de hace muy pocos años. En una cabeza de partido de la provincia de Segovia, eran devueltas las cartas que tenían una leve inexactitud en el número de la calle, aunque el cartero para llegar a la seña equivocada hubiera de pasar por la exacta del destinatario y le conociera. Sólo era una excepción el Juzgado, ante el apercibimiento de procederse por denegación de auxilio a la justicia si no se entregaba la correspondencia sin señas a él dirigida. Hubo una manifestación contra esa situación, presidida por el alcalde y autorizada por el Subdelegado del Gobierno. La Administración Provincial contestó con un escrito profuso en divagaciones y que no entraba en materia. Ninguna continuación hubo.

<sup>44</sup> De no tener en cuenta el contexto, ciertas direcciones podrían resultar equívocas por depender de cada lector. Por ejemplo, en nuestra guerra civil, una desde Narbona a la 57 Brigada Mixta, 226 Batallón, Compañía Ametralladoras Base 6ª, España leal.

En 1855 salió un diccionario postal, escrito por Andrés González Ponce. Pero el mismo año de su publicación quedó tremendamente obsoleto, al haber coincidido con la puesta en servicio de la primera administración ambulante, la de Madrid a Albacete. En 1871, un *Diccionario de correos de España* resultó útil, pero comprendía un número limitado de entidades<sup>45</sup>. Exhaustivo se propuso ser en cambio el *Diccionario general postal de España* publicado por la Dirección General de Correos y Telégrafos en 1880<sup>46</sup>. Notemos entre sus abreviaturas, además de la genérica de lugar y otras más imprescindibles y conocidas, las de anteiglesia, alquería, baños, caserío, cortijo, dehesa, ermita, fábrica, granja, majada, masía, molino harinero, monasterio, santuario, señorío, torre y venta; y en otro orden de cosas las de administración principal, estafeta, estación, ambulante, cartería, peatón, conducción y conducción marítima. Sin ser exhaustivos nosotros señalaremos que desde Madrid salían ambulantes a Cádiz, Badajoz, Irún, Santander y Valencia, de Barcelona tres a Francia, una de ellas sin más y las otras dos a la Francia litoral y a la Francia interior, y de Zaragoza a Madrid y Barcelona, además de a Alsasua y Valdezafón. El de Galicia era de León a Brañuelas y de Lugo a La Coruña, el del Noroeste de Palencia a Gijón, y de Medina salían uno a Salamanca y otro a Zamora, de Chinchilla el que llegaba a Cartagena, y de Lérida uno a Tarragona. El llamado del Tajo iba de Madrid a Malpartida. Otros itinerarios eran Bilbao-Castejón, Bobadilla-Granada, Córdoba-Almorchón, Utrera-Morón, Tardiente-Huesca y Granollers-Vich. En Alcalá la Real se señala: Conducción Jaén a Baena y Alcaudete a Alcalá; en Sepúlveda\_ Conducción Madrid-Burgos y Segovia-Riaza. Citamos estas otras: Almedinilla, ambulante Córdoba-Málaga, estación Aguilar, conducción Cabra y Priego; Castillo de Locubín, conducción Jaén a Baena y Alcaudete a Alcalá la Real; Frailes, conducción Jaén a Baena, estación y peatón<sup>47</sup>.

<sup>45</sup> Cfr., la *Noticia de los partes del correo de mar a Indias, yente y viniente, y de los días en que llegan y se despachan los que llegan a Madrid* (Madrid, 1764), y la *Descripción general para escribir a todas las ciudades de España, reinos y potencias extranjerias* (Madrid, 1736). En cuanto a los mapas postales, después de una larga serie, en vísperas ya del sello, apareció el año 1845, el *Mapa de correos de España* de Francisco-José Torres Villegas. Siguieron el *Mapa itinerario postal de España*, de Iznardi, en 1856, el *Servicio de correos a las capitales de provincia y juzgados de España* de Baquero, Álvarez y Rodríguez en 1873, y la *Carta postal y telegráfica de España* de Baquero en 1880-81; cfr., A. Bahamonde Magro, G. Martínez Lorente y L.-E. Otero Carvajal, *Atlas histórico de las comunicaciones en España* (Barcelona, 1998) y *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España* (Madrid, 1993).

<sup>46</sup> Salió en Madrid, de la Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y compañía.

<sup>47</sup> Cfr. Tomás Dasi, *Los fechadores octogonales de los ambulantes de ferrocarril* (Sociedad Filatélica Sevillana, 1979). Del maravilloso mundo del juguete ferroviario, hace parte naturalmente el correo. Véase el delicioso libro *The Golden Years of Tin Toy Trains. 1850-1909* (New Cavendish Books, 2002), pp. 130-5

¿Y qué relación guarda el correo con las fronteras? ¿Cuántas tenía que pasar el Correo del Zar, y por cierto nada más significativo que haya llegado a acuñar una frase indefinida sin más que esa expresión? En principio es incompatible con ellas. Para él no existe más que un destinatario al que hacer llegar su mensaje, esté donde esté. Un principio que se consagró al crearse a fines del Ochocientos la Unión Postal Universal, asentada en la consideración de todos los países participantes como integrantes de un único territorio postal<sup>48</sup>. Ahora bien, el primer avance del correo ya en la antigüedad, de más impacto aún que la utilización del caballo y los vehículos, fue la aparición de las estaciones de relevo, ora de los caballos ora de los mismos peatones. Y así las cosas, de alguna manera, cada una de esas estaciones de tránsito tenía algo de fronterizo. Ello no sólo hasta los porteos, ya plenamente documentados, sino incluso después del sello.

En una exposición vimos un sobre dirigido durante la guerra civil española al “Coronel Secretario de Su Ex. el Jefe del Estado, Generalísimo de los Ejércitos Nacionales” en Salamanca, por el ingeniero Giovanni Conti, desde Carrara. Estaba matado en esta ciudad italiana y respaldado por los sellos de fecha intermedios de Massa Carrara, Turín, Génova, Ventimiglia, San Sebastián y Burgos. Notemos la desviación de Génova a San Sebastián. Geográficamente injustificada, pero ineludible ante la situación de los territorios a salvar, no todos sometidos a la potestad reconocida por el estado de procedencia. Uno de tantos ejemplos sencillos que nos subraya la repercusión en la historia postal de la geopolítica de cada momento histórico. Un capítulo generosamente representado en las exposiciones, no solamente por las anomalías en los itinerarios similares a la que acabamos de ver, sino también por las distintas administraciones postales de territorios discutidos o cambiados de manos, los intervalos en esos cambios de soberanía, a veces con el empleo de franqueos mixtos, de unas y de otras, hasta llegarse, a través del correo, a una ilustración pintiparada de las vicisitudes históricas de ciertos países o regiones. Sin olvidarnos

---

(= “The Post Office”, reproducida la estafeta en varios pisos fabricada por Marklin en 1900) y pp. 268-70, estafetas fabricadas por los hermanos Bing en Nuremberg en 1902, con sus interiores y todos sus materiales, incluso el papel de cartas; otras de 1898 y 1909 con atractivos tejados y ventanas. *Passim* para los vagones postales.

<sup>48</sup> Recuerdo la frase de un gran señor portugués al que conocí cuando compraba en la tienda de Gávez, regalando a los dependientes unas monedas: “La filatelia es universal como la Iglesia Católica”. De ahí lo feliz del título del libro de Peter R. Elban sobre la historia postal de Bucovina, *Bukovina Melange. Ein Streifzug durch eine verschwundene Welt mit postgeschichtlichen Handbuch der Bukovina und ihrer Posttempel* (Fürstenu, Suiza; 2010).

del correo en guerra, desde el frente de batalla a los campos de prisioneros con la consiguiente censura<sup>49</sup>.

Recordemos por ejemplo el correo de la última guerra carlista<sup>50</sup>. El de las varias provincias involucradas, o sea las vascas y la navarra, parcialmente sometidas al pretendiente, funcionaba con mucha independencia entre sí. Tanto que el 15 de noviembre de 1873 se firmó el llamado convenio de Vergara para coordinarlo<sup>51</sup>. El 1 de diciembre empezó el servicio postal para el público de esa manera organizado. Su esplendor se señala entre junio de 1864 y julio de 1875, aunque la guerra no acabó hasta el 28 de febrero de 1876. Se hicieron tres emisiones con cuatro sellos, hubo dos tarifas, y las administraciones postales llegaron a setenta y tres<sup>52</sup>.

En una colección hemos visto marcas de franquicia de la Comandancia Militar de Vergara, cartas de los gobernadores militares, y los comandantes de armas y otras escritas desde los depósitos de prisioneros, algunas dirigidas al encargado de la correspondencia carlista en Bayona, al que se le daban otros títulos a veces, en ocasiones pintorescos. En Estella rechazaron los matasellos liberales e hicieron dos propios, uno lineal y otro con un sol. El intercambio de la correspondencia con Francia se hacía en Lastaola, un caserío casi despoblado, donde se creó una estafeta, que matasellaba con un rombo especial de puntos y una plancha de puntas. Oficialmente no había correspondencia con la España liberal, pero estaban tolerados los llamados encaminadores, que iban a Vitoria o a Rentería y allí la hacían seguir franqueándola<sup>53</sup>, optándose a veces una u otra vía por la misma persona y

---

<sup>49</sup> Hay colecciones que la tienen por argumento. Lo cual no es posible cuando fue ilegal. A este propósito, me consta por recuerdos personales que en la década de los sesenta la había en la España franquista. Los funcionarios de policía encargados de ella tenían acceso a la correspondencia en las oficinas, siendo desconocidos por los nuevos funcionarios postales hasta ser a la fuerza enterados de su condición y menester. Ignoro hasta cuándo se prolongó esa situación y nada he visto escrito sobre ella. Como tampoco sobre una limitación a la libertad del teléfono, no poderse hablar por él en otras lenguas extranjeras que francés, inglés, italiano y alemán. Así lo imponía un aviso que yo vi en la década de los cuarenta en la central de mi pueblo.

<sup>50</sup> De la primera guerra carlista hemos visto en una exposición un sobre que se decía dirigido a fray José Antón Ferrandis, Comisario de Tierra Santa de Jerusalén, en Madrid, desde San Antonio de Mora. Tenía que ser Cabra de Mora o Rubielos de Mora, y el disimulo se interpretaba por el expositor como una precaución ante la situación bélica. La marca era "Franco. Mora". También hemos visto una colección de la contraguerrilla en el Maestrazgo, de 1869 a 1874.

<sup>51</sup> Sobre el convenio dio una circular la Diputación General del Señorío de Vizcaya.

<sup>52</sup> Una de las líneas oficiales iba de Estella a Valcarlos, pasando por Puente la Reina.

<sup>53</sup> A veces los encaminadores la habían recibido por el correo carlista.



desde el mismo lugar. Esa colección nos evocaba un trozo de la historia de España, una de nuestras guerras civiles. Pero también los *Episodios Nacionales* de Galdós, y acaso más vivamente aún las *Memorias de un hombre de acción*, de Baroja.

Volviendo a la etapa anterior, ya hicimos ver la imposibilidad de catalogar las marcas anteriores al sello con la exhaustividad con que los sellos lo han podido ser. Pero faltaban incluso las normas para intentarlo y para clasificarlas incluso. El panorama fue otro al aparecer el riguroso libro de Fernando Alonso García, *Porteos y cartografía en la prefilatelia española*<sup>54</sup>. Su estudio llega hasta 1845, cuando su uso quedó legalmente suprimido, aunque en la práctica siguieron utilizándose bastante. El autor define el porteo como “el porte o precio pagado por llevar una carta o paquete de un lugar a otro, que se pone en la cubierta del sobrescrito”. Habiendo de tenerse en cuenta que hasta bien avanzado el siglo XVIII los porteos eran manuscritos, por lo tanto un ámbito muy diverso desde este punto de vista erudito, reacio a la sistematización ya permitida por los de tampón o cuño, “normalmente de metal y madera de boj, con tintas de diferentes colores”<sup>55</sup>.

Para la clasificación que propone, Alonso se sirve de las clasificaciones postales de las poblaciones con sus dependencias, y de los itinerarios de postas vigentes en el momento de circulación de cada carta, advirtiéndolo que “cuando el origen o destino del envío no coincidan con administraciones principales, secundarias o paradas de postas, se localiza por donde entregaba o sacaba el correo cada población de origen, o por donde lo recibía el pueblo de destino”. Ahora bien, “para poder asegurar el lugar donde se porteó la carta es necesario disponer de dos sobrescritos, como mínimo, con idéntico número en el porteo, y que sus recorridos postales sólo tengan un punto común, donde necesariamente se puso el porteo”. Es el procedimiento al que el autor, a quien se le ha ocurrido, llama método del cruce. Para darse cuenta de la fecundidad a que con él ha llegado basta echar un vistazo a las densas páginas de esta obra, aunque después es necesaria su atenta lectura, en la que nada resulta inocuo. Cuatro años después, Alonso publicó, aplicando los mismos conocimientos y experiencia, su monumental estudio *León en la historia postal*<sup>56</sup>, que se extiende a la filatelia clásica hasta 1900, la de los matasellos llamados clásicos<sup>57</sup>, e incluye las carterías

<sup>54</sup> (“Cuadernos de Filatelia”, 12; Federación española de sociedades filatélicas, Madrid, 1999).

<sup>55</sup> Aunque los manuscritos se mantuvieron en las administraciones secundarias.

<sup>56</sup> (Fundación Albertino de Figueiredo para la filatelia, Madrid, 2003).

<sup>57</sup> Que ya no eran distintos para las diferentes poblaciones. Un ejemplo de oficina secundaria entonces, Mojados en la diócesis de Segovia, provincia de Valladolid. Era estafeta de 6ª clase y descendió a cartería a fines de siglo. Despachaba a Megeces y Cogeces de Iscar, Aldea de San Miguel, La Pedraja de

desde la aparición del Diccionario de Pascual Madoz en 1847 hasta la última utilización que conoce en la década de los cuarenta del siglo siguiente de los matasellos de carterías<sup>58</sup>. El impacto en este estado de la cuestión de la aportación, felizmente no clausurada, de Fernando Alonso, señala un antes. Y esperamos que también sea un después, habiendo ya jóvenes promesas que nos confortan esa esperanza<sup>59</sup>.

Viendo las exposiciones yo sueño alguna vez haber tenido en el instituto un profesor de historia, y por supuesto de geografía, que ilustrara sus clases con sellos, sobrescritos y sobres franqueados. Habría sido desde luego en sí posible. Por esos caminos, la imaginación viajera en el espacio y en el tiempo se desata pasando de unas a otras colecciones.

Naturalmente es nutrido el capítulo de la expansión europea. Ahí el correo de las compañías de Mozambique y de Nyassa, los sellos llamados misioneros en Uganda de 1895 a 1899, la interrumpida África Oriental Alemana. También se ahogó el Sudán francés, limitadas por ello sus cartas de 1890 a 1899. Su retirada ante los británicos fue el Noventa y Ocho de esa hermana latina, como para Portugal el ultimatum inglés que dejó su conmoción literaria, y para Italia su derrota en Abisinia. En cambio tienen su puesto en la filatelia la ocupación francesa de Cochinchina, de 1863 a 1874, y la conquista y colonización de Argelia de 1830 a 1876. Figura la isla de Samoa, antes y después del correo alemán, de 1836 a 1900, por lo tanto comprendida la etapa en que habitó la isla y dejó en ella sus huesos Robert Louis Stevenson.

¿Hay que incluir aquí las relaciones entre España y Marruecos? La tentación de extendernos a su propósito se apaga sólo si recordamos y recomendamos uno de

---

Portillo, Alcazarén y Hornillos. La conducción era de Valdestillas a Mojados, el ambulante el del Norte de Madrid a Irún. En una exposición filatélica vimos una carta del administrador de Calella al alcalde de Malgrat sobre la salud del cartero de este lugar. Y un recibo de correspondencia, en abril de 1747, del peatón Bernard Reginbaud, de Saint-Maximin, en el mediodía francés, que servía Barjols y secundariamente Aups y Rians, las “depêches de la malle poste”.

<sup>58</sup> “La marca más antigua de León, que de alguna manera puede considerarse como de cartería, es la incluida en un sobrescrito circulado el 20 de noviembre de 1861 entre Cacabelos y Astorga, estando el sello anulado con cruz manuscrita de tinta común negra, siguiendo las instrucciones de la circular de la Dirección General de Correos de 14 de septiembre de 1857”; véanse pp.124’6, elenco de las poblaciones con marcas conocidas pertenecientes al “sello” de León y de las “caxas principales del Reino” y sus dependencias que le pudieron tener, así como de las que siendo caxas principales con sus propias marcas por su ubicación geográfica pudieron pertenecer a ese sello.

<sup>59</sup> Nos complace citar el libro de L.-F. López Jurado, *Prefilatelia de Murcia, 1569-1861* (Murcia, 2006); debemos citar también los de Michèle Chauvet sobre las relaciones postales de Francia con Inglaterra, España y Ginebra, publicadas por la editorial Brun, de 2001 a 2003.

los *Episodios* de Galdós, *Aita Tetaeuen*. Asombrosa su penetración para su tiempo y sus circunstancias, y cada vez más vigente. Una colección se ocupa de las estafetas españolas al otro lado del Estrecho antes del Protectorado, otra de los correos allí mismo de las otras potencias. Sobre todo por la franquicia para las dotaciones de los buques que intervinieron dejó su huella filatélica la guerra de Melilla en 1893 y 1894, como el desembarco francoespañol en Casablanca ya en el siglo XX pero antes del período bélico. El Cabo Juby nos lleva ya al exotismo al que la España contemporánea apenas pudo sino asomarse.

Y cuanto antes dijimos de la relatividad del período del sello si se le coteja con el precedente, no es óbice a que reconozcamos la alegría clamorosa que se siente cuando se pasa de la gravedad de los viejos sobrescritos al estallido policromo que los sigue<sup>60</sup>: cambios de colores en las emisiones de Nueva Zelanda de 1871 a 1873, los sellos australianos del canguro y los mismos neozelandeses del ave kiwi, el dragón serpenteante de China y los grabados a mano en el Japón de 1871 a 1876, las grandes y pequeñas reinas en el Canadá, el cuerno portal de Noruega, el ojo de buey brasileño, los escuditos de Uruguay, los sellos clásicos del Perú, Bolivia, Argentina, Chile, Venezuela, Paraguay, Méjico, Honduras, Costa Rica, Guatemala

Los territorios disputados entre países vecinos y habitados por poblaciones heterogéneas son un campo abonado para los coleccionistas. Así el correo de la llamada pre-liberación de Bulgaria de 1840 a 1879, después los sellos rumanos en ese mismo país en 1916 y 1917, las estafetas húngaras en Rumanía de 1867 a 1869, el correo otomano en Grecia, los principados danubianos, el Este de Rumelia, el litoral esloveno bajo el dominio austríaco de 1850 a 1920, Trieste y Gorizia de 1918 a 1938, el Dodecaneso, Letonia desde la independencia hasta el fin de la segunda guerra, Estonia en el período ruso, la primera emisión de Lituania y sus oficinas móviles, la Ucrania carpática, el primer correo de la Polonia de nuevo independiente y la emisión provisional sobreimpresa llamada Groszy, Slesvig-Holstein entre Alemania y Dinamarca, Saboya de 1792 a 1876, el correo español en Gibraltar de 1850 a 1875. Un capítulo aparte son todas las intervenciones francesas en España en los siglos XVIII y XIX, y el correo militar del país vecino de 1792 a 1812<sup>61</sup>.

<sup>60</sup> Recuerdo una carta de Pierre Lambert, el librero parisino custodio de la herencia literaria de Joris-Karl Huysmans, respondiendo a una mía, que siguiendo mi costumbre había franqueado con sellos conmemorativos. En una postdata me lo agradecía, los “superbes timbres-poste” del sobre. En una novela de Henning Mankell, *Tea-Bag* (2001), leemos, parte de un diálogo entre dos personajes escritores: “Recibí tu postal. Bonitos sellos [de Rarotonga y las islas Salomón]”.

<sup>61</sup> Incluso los idiomas de la dirección y el remite evocan mundos: “No es lo mismo conocer y emplear con fines literarios una lengua hablada en las casas y las calles, como el polaco, y también un segundo

La filatelia también nos recuerda fecha y episodios olvidados o casi, ante la avalancha de los acontecimientos que se agolparon después. “En torno a septiembre de 1871” en Francia se titula una colección. Otras se ocupan de la revolución griega de 1922, la guerra civil rusa de 1818 a 1924, la del Chaco de 1932 a 1935, antes la del Pacífico de 1869 a 1874, la civil de Barranquilla en 1902 y 1903, la rusojaponesa, el correo militar japonés en Corea de 1894 a 1910. De las guerras entre Méjico y los Estados Unidos de 1846 a 1848 se empalma con la propia guerra civil del vecino del Norte.

A veces, lo que nos sobrecoge ante la evocación de un trozo del pasado, es su cotejo con la densidad de los dramas que después vinieron. Así una colección de Tierra Santa hasra 1918, la del Irán o Persia de 1876 a 1914, el Irak otomano, el Levante francés en este Imperio, la etapa turca en Libia, Bosnia-Herzegovina de 1840 a 1905, sus emisiones provisionales y las de Croacia, antes las emisiones con la efigie del presidente Masaryk, los sellos sobrecargados en las primeras emisiones de la Unión Soviética, hasta el jubileo imperial de Francisco-José en 1908.

A quienes conocimos la tragedia y las tragedias del mundo cuando empezábamos a coleccionar, verlas representadas en esas ocasiones nos hace sentir abrumadoramente el paso del tiempo. Así la Croacia y la Eslovaquia independientes de 1941 a 1945, la Alemania ocupada de 1945 a 1947, la China que se iba liberando de 1937 a 1950, “los pueblos de China” de 1946 a 1956, la Corea de la ocupación norteamericana de 1945 a 1948, el correo militar en la China septentrional de 1946 a 1951, antes el de los ocupantes nipones en el sur.

Para las dos grandes guerras no merece la pena ser exhaustivos. Un expositor nos recordó que Portugal entró en la primera. De ella vemos, por ejemplo, el correo militar ruso, el de la marina austríaca que operaba en el Adriático, y las oficinas de campaña checoslovacas de 1918 a 1920, la contienda de Egipto a Jerusalén. Una colección sobre los soldados letones empalma las dos contiendas, de 1914 a 19145. En la segunda vemos bien representado el correo censurado civil y militarmente, desde Austria y Hungría hasta Bengala, mientras que la censura de la Rusia zarista se estudia desde 1878 hasta 1920. El correo del ejército polaco por una parte, por otra el de los soldados polacos internados en Suiza. Islandia en esa guerra también

---

idioma utilizado en escuelas, iglesias y cancillerías, como el latín –situación en que se encontraba el gran poeta renacentista y bilingüe Jan Kochanowski–, por un lado, que por otro formarse y residir en una ciudad como Vilna –donde nació Czeslaw Milosz–, rodeado de varias lenguas vecinas y rivales, todas habladas y vivas. O en una ciudad como la Praga de Kafka, asimismo multilingüe, o la Alejandría de Cavafis, o el Estrasburgo en que estudió Goethe”; Claudio Guillén, *Múltiples*, cit., 318.

es materia de estudio postal, como su repercusión en las comunicaciones entre Finlandia y América, y las oficinas postales militares en el Norte de Australia. En los terribles campos de exterminio también hubo algún correo, de 1933 a 1945.

El correo en determinados lugares es un capítulo de la historia local que nos deja evocar de una manera más viva su densidad en la vida cotidiana y hasta su trascendencia en el imaginario colectivo. Su variedad geográfica, de las pequeñas aisladas en la inmensidad del océano hasta las tierras más interiores del Asia Central, es una exhibición de riqueza en paisajes y paisanajes. Podemos citar colecciones de Venecia y de Cracovia desde la Edad Media, de las oficinas locales de París de 1849 a 1863, Burdeos hasta 1876, Bocca di Cattaro de 1809 a 1875. *Audite insule*, se exaltaba la liturgia de San Juan Bautista, ahí la de Man, las de Jersey y Guernsey de 1774 a 1800, por lo tanto los años de la estancia de Víctor Hugo, la báltica de Gotland, Heliogaland, Madeira, Guadalupe, las Baleares –un apartado para su correo aéreo durante la guerra civil–, la provincia neozelandesa meridional de Otago. Comarcas como el Maresme, el distrito japonés de Kobe, la provincia de Cádiz y sus cosarios hasta fines del siglo XIX. Y más ciudades: Bremen, Maguncia, Riga, Sevilla, Valladolid, Vinaroz, Algeciras, Kaunas, Tesalónica con su hervidero de etnias que fue<sup>62</sup>.

El correo de una población vista como el origen de los envíos penetra en la entraña de esta comunicación y cuanto en torno a ella se agolpó. Una colección se dedica al que salió de Grecia de 1628 a 1875, otras nos ilustraban el destinado al extranjero desde Hungría entre 1867 y 1896, y al de Nueva York con la misma meta, pudiéndose seguir el desarrollo de sus matasellos de 1870 a 1878. Otro expositor se había dedicado al que en los siglos XVIII y XIX unió Moscú y San Petersburgo. Hasta 1875 el desde Suiza y a ella, el que salía de los puertos del Este de África, y en paquebotes del Oeste de Australia.

Y cada carta tuvo su ruta, para confluir en las grandes y pequeñas rutas de las cartas. La tremenda solemnidad ferroviaria a través del Imperio Ruso de 1852 a 1917, pero también en Rumanía e incluso en Lituania. Nos acordamos aquí del funcionario ambulante que conocimos con treinta y seis años en su haber de Salamanca a Astorga. Austria también tuvo su correo marítimo, y una colección le mostraba de 1814 a 1914.

Por mar, desde la conexión atlántica de Portugal a América y África hasta los vapores en Noruega de 1827 a 1877. Menos aparente hasta verla documentada la

---

<sup>62</sup> Cfr., Lazaros Petropoulos, *Thessaloniki and Stamps* (Salónica, 2009).

ruta marítima por ese mismo mar desde el reino de Sajonia. Via Brindisi titulaba otro expositor su estudio a escala planetaria, para el cual le vino pintiparado ese puerto.

Tarifas y rutas de Palestina, rutas en Estonia y Livonia de 1628 a 1820, una aérea de Guayaquil a Barcelona pasando por Barranquilla, la conexión secular china del correo de Mongolia. ¿Y qué decir de esos primeros sellos triangulares del mundo que fueron los del Cabo de Buena Esperanza? ¿Acaso no es una ruta él mismo?

Tantos caminos como cartas. Y tantas cartas como vivencias de los hombres. Por eso no pueden ponerse puertas a sus colecciones. Así, una de la correspondencia con franquicia de las familias reales alemanas de 1872 a 1918, otra del personal de la vieja marina rusa. Y ha habido hoteles que han tenido sus propias estafetas. Un expositor se dedicó a ellos, otro específicamente a los egipcios. Por cierto que ese argumento duplica el señuelo de la evasión y el ensueño, hotel y correo potenciándolos, vigorizándose recíprocamente.

Un aspecto estrictamente postal y rigurosamente coleccionable es el de las modalidades del correo singulares en sí mismas, relativas al propio transporte de los envíos<sup>63</sup>. Tal el urgente, el que no se llegó a entregar y el entregado en propia mano, el que fue a porte debido después de que el sello desterró este sistema, el franqueado insuficientemente, los avisos de su recibo. “Instructional mail”, decía una colección neozelandesa de 1831 a 1914, designando las cartas en cuyo sobre constaban todas esas incidencias, las que iban más allá del mero tránsito. Había buzones para la correspondencia a llevar por determinado barco. Podían echarse “tarde” o “demasiado tarde” para cargar en él su saca. Había entonces que pagar un franqueo suplementario de enlace. También estaba previsto el preciso para la recuperación del correo siniestrado o robado. Ciertos envíos viajaban por cuenta y riesgo de su remitente...

Hasta hace poco, hasta que los viajes se hicieron cotidianos, era corriente enviar en su transcurso tarjetas a los parientes, amigos o incluso conocidos. Era un medio de hacerlos de alguna manera partícipes de él. Se trataba de tarjetas no postales que se franqueaban, pues era esencial el aliciente en que consistían de la “vista” de una ciudad, monumento o paisaje del itinerario del remitente. Su contenido solía ser breve, casi telegráfico a veces. Mucho más variado, inagotable tanto como

---

<sup>63</sup> Aprovechamos la ocasión de citar las bandas para periódicos. No hay que perder de vista la documentación postal, o sea la regulación del correo y los sellos y cuantos ámbitos con uno y otro se relacionan, incluso las tarifas; un buen estudio sobre éstas el de Marek Zbierski, *Polnische Postgebühren. 1918-1939* (Poznan, 2004).

el hombre, era en cambio el de las tarjetas propiamente postales, los “enteros” de que dijimos. Pero se trata de un ámbito que escapa al transporte del mensaje en que el correo y su filatelia evocadora consisten. Todavía sentimos un temblor ante el secreto de la correspondencia a que sus envoltorios nos asoman. Sin embargo, los enteros postales iban abiertos. Su índole secreta resultaba un tanto digamos que por lo menos particularizada. Así las cosas, ¿no es posible que su texto guardase alguna relación con el argumento de una colección? Y en ese caso, ¿qué mejor ilustración para la misma, indisolublemente desposada con su entraña postal?

Merecidamente, los enteros postales tienen ahora una sección propia en las exposiciones, respondiendo a su autonomía en el coleccionismo, como la tuvieron en el correo. En el Estado australiano de Victoria hubo una emisión de tarjetas postales llamadas “pintorescas”, ilustradas con motivos del mismo. Por lo tanto habrían podido ser enviadas y lo serían con el mismo designio que las tarjetas no postales tan prodigadas por doquier. Después hubo otras parejas en aquellas latitudes, mediatamente, como ya hicimos ver, el estímulo a la filatelia social, tan esplendorosa como inagotable.

Nuestras tarjetas postales fueron demasiado simples. ¿Toscas? No sé si su casi exclusivo blanco merece ese epíteto. Lo evidente es que, sin llegarse al pictorialismo de los antípodas, la tipografía y los tonos de los enteros de muchos países, ya lo indicábamos, resultan mucho más atractivos. Los que circulaban entonces en Austria tuvieron una utilización particular durante la inflación, de 1918 a 1925. Un tema coleccionable pues, como los emitidos en relieve en la Gran Bretaña de 1841 a 1860, los heráldicos de Luxemburgo de 1860 a 1872, los argentinos de la serie Ribadavia, los bicolores daneses de 1871 a 1905, o los “mulitas” mejicanos de 1895 a 1897. También los soviéticos de propaganda de 1927 a 1934, en tanto que de 1898 a 1901 la Rusia anterior había emitido unas hojas carta en beneficio de los hospicios patrocinados por la zarina. No podía quedarse al margen de la filatelia el tremendo capítulo que en la historia tienen la infancia abandonada y los niños expósitos.

En agosto de 1909 escribió Unamuno, estando en Las Palmas, el artículo titulado *La Laguna de Tenerife*, dos años después incluido en su libro *Por tierras de Portugal y de España*: “Me han contado que los magos —así llaman aquí a los campesinos— confundían muchas veces con el buzón del correo la ventana baja y estrecha de una de estas mansiones señoriales de La Laguna, y echaban por ella cartas a sus parientes emigrados en América. Un día, al cabo de mucho tiempo, se hubo de abrir el sótano a que daba luz aquella solemne ventana; apareció su suelo sembrado de cartas que debían haber llevado consuelos a América. Desde entonces se le puso

un alambrado a la ventana. ¿Y no os dice nada este sótano de la vieja mansión señorial, guardando en su seno secretos de familia, ruegos, consuelos, reconvenções, quejas, súplicas, la noticia tal vez de la muerte de la madre adorada? Es tal vez mejor que aquellas cartas no llegasen a su destino. ¿Qué más da?”. Notemos que don Miguel termina con una pregunta, ni con una sugerencia siquiera. Nosotros nos preguntamos a nuestra vez si habría sido ortodoxo exponer esas cartas, sus sobres franqueados queremos decir...

Sobres los que se exponen, la inmensa mayoría de los cuales sí llegaron a su destino. Siendo el desconocimiento que tenemos de su contenido un acicate a la libertad de la imaginación en torno a él, mientras que los datos históricos del envoltorio nos abren las compuertas de la evocación de gentes, lugares, tiempos, situaciones.

En los días finiseculares del Ochocientos, Mariano Pardo de Figueroa, el doctor Thebussem, vivía sumergido en el océano de sus curiosidades, en su casa de Medina Sidonia. Él sí mereció el título de cartero honorario, autor de *Un pliego de cartas* y *Fruslerías postales*. Los regalos que desde los varios puntos cardinales de la geografía de España y de Europa le fueron entonces enviados, nos asombran por la irradiación de amistades y contactos que implican<sup>64</sup>. Fueron el reconocimiento a una individualidad vigorosa, pero de paso son también un botón de muestra de que la genuina y profunda unidad europea no había de esperar, a la comunidad del carbón y el acero constituida en los días de la última postguerra. Una tarjeta matasellada del Pelón, en 1897, fue enviada desde Valladolid a Mr. Dalloz, “farmacéutico de primera clase” en el boulevard parisino de la Chapelle. Cuatro años antes, desde el Café Calderón de la misma ciudad, se había certificado una carta a San Petersburgo, para Mr. Rogevitch, con el reverso lacrado y la marca de llegada, y el mismo sello alfonsino del rey niño.

La preservación de algunos archivos ha permitido la conservación de correspondencias variadas de las gentes de iglesia. El 18 de febrero de 1873 salía de Burdeos, para viajar luego en el tren de Lyon a Marsella y llegar a Numea el 17 de abril, una carta del Museo de Historia Natural al padre Lambert, misionero apostólico en la isla Nou, de la Nueva Caledonia. “Al Sr. Don Salvador Sáez, procurador general del Ilmo. Cabildo Catedral de Sigüenza”, leemos junto a una marca prefila-télica de Cifuentes, en la Alcarria. Más anclado en el antiguo régimen, en 1768, el

---

<sup>64</sup> Pp. 120-48 de *Fruslerías*; el que llama su autor “librillo”, pero que no lo es por el número de páginas, está dedicado a Heinrich von Stephan, el Director de Correos del Imperio Alemán, creador podemos decir de la Unión Postal Universal. Como apéndice al libro se despliega una “Tabla de itinerarios” entre Madrid y Sevilla en los siglos XVI a XIX, o sea desde 1568 a 1895.



sobrescrito de Aranjuez a Lisboa, para el Provincial de la Orden Tercera, confesor de Su Alteza Serenísima el Príncipe de Brasil, en el convento de Jesús, como nueve años antes, desde Sevilla, al padre Julián de Fonseca, rector del Colegio de la Compañía de Jesús en Villagarcía de Campos, con el porteo manuscrito; y entre 1728 y 1733, al mismo cabildo seguntino y su deán, “por el Rey”, desde Sevilla, con franquicia de porte y marca de sello negro, y en 1663, con un porteo de medio real, a Sigüenza igualmente, desde Toledo, medio real el porteo<sup>65</sup>.

En 1852 se escribía a José Rivas e hijo, del comercio, en Segovia. El 7 de agosto de 1929 se mataselló un sobre de luto enviado a la misma ciudad por el Mayordomo Mayor de Palacio, para Adolfo Sandoval, en el Hotel Victoria, de Marcos García. Percibimos la calma solemne de la provincia todavía.

Mientras que el discreto encanto de la filatelia social se diversifica generosamente en una multiplicidad de ámbitos. “Los chocolates de Manuel Rivero son los que, por su bondad, han merecido mayor consumo”, se anunciaban en Santander. Cuando en Valladolid había un anís y coñac que se llamaban Cervantes, y en el Grao de Valencia el balneario de Santo Tomás. En 1860, de Vinaroz, a José Feraz y Martín, también comerciante, en la Puebla de Caramiñal, con un doble porteo de 8 cuartos. En 1875, de Valladolid, al comercio de libros de la viuda de Heredia, en Zaragoza, con el sello del Cadete, el matasellos rombo de puntos con estrella, y también el sello del impuesto de guerra.

Un vistazo a los sobres anunciadores de 1922 es una tentación. En la calle Mayor de Madrid, la casa Candi, se dedicaba a los paños, togas y trajes de doctor. En Zamora, Blas Prieto, había bautizado El Arca de Noe a su tienda de “ferretería, coloniales, depósito de garbanzos y compraventa de cereales”. En Úbeda en “capachos, esparto, hilados” traficaba Sola, mientras que Manuel Saíz presumía de un almacén de música en Alcázar de San Juan, y en Manzanares, el gerente Ángel Infante recordaba que había garaje en el Gran Hotel del Príncipe.

“Leche condensada. Marca La Lechera. Muy indicada en la alimentación infantil y para los usos domésticos. Folleto gratis a quien lo solicite de la Sociedad Nestle. E.P.A. Gran Vía Layetana 11” de Barcelona. Nosotros conocimos tiempos en los que ese artículo suscitaba ilusiones ansiosas. El 20 de julio de 1939 se matasellaba un sobre de un comercio de Córdoba a la Sección Femenina de Sevilla: “Pianos. Música. Fotografía. Gramolas. Bicicletas. Martínez Rücker. Radio. Las mejores marcas europeas y americanas”. Dudamos de que el último reclamo res-

<sup>65</sup> Se conocen sólo tres ejemplares.

pondiera a la realidad de esa fecha. La ilustración es un gran receptor, solemne, que también la radio llegó a merecer ese epíteto. En cuanto a la historia que corría, es un botón de muestra de ser posible alguna alegría en las tinieblas<sup>66</sup>.

Tenemos a la vista un sobre levemente azulado, con el membrete de un procurador de los tribunales de Albacete, Francisco Sánchez Silva, dirigido a su colega de Chinchilla, Valentín Ortiz López. Franqueado con tres sellos del Cadete, uno azul de 25 céntimos, dos de 15, color violeta. El matasellos es del 19 de octubre de 1911, y en el reverso lacrado está respaldado con la marca del ambulante del tren de Madrid a Valencia el mismo día. El contenido sería forense, pero en torno a un simple escrito de esta índole son inagotables las vivencias que pueden agolparse<sup>67</sup>. Una salutación al Sr. Sevignac, de París, fue enviada desde el Hotel Francia de Sevilla, amable el sello rosa de 25 céntimos de Alfonso XIII, la mitad del anverso ocupado por una fotografía en gris del patio de entrada. Abundantes sellos bonitos con palmeras y minaretes franquearon un sobre matasellado en Dar Drius el 18 de junio de 1932, de Melilla a Malmo. El remitente Jesús Gómez Trigo, de la 8ª Bandera 32ª Compañía de Melilla. ¿Qué se había perdido a ese legionario en Suecia? El 30 de junio de 1904, con el franqueo impreso del cadete, viajó al Perú una tarjeta desde la isla o peñón de Alhucemas, y con una vista del solitario y aislado paraje, vinculado postalmente a Málaga.

No habían llegado los sellos, eran aún los días de las marcas de porteo, cuando en una sesión municipal del 6 de abril de 1839 se dio cuenta de un oficio del Director de Correos, fechado el 21, y acabado de remitir por José Illana, el Administrador de la Estafeta de Castillejo de Mesleón, en el camino real de Madrid a Bayona, proponiendo al Ayuntamiento de Sepúlveda que propusiera a su vez nombres para carteros o estafeteros. Se envió una terna: José López García, Francisco Velasco que ya venía desempeñando el menester, y Ciríaco Berrio. En la sesión del 6 de julio se acordó estampar en el libro de acuerdos el título expedido a favor de Velasco, por cierto con bastante prontitud.

---

<sup>66</sup> Una tarjeta franqueada con 5 peniques, ilustrado su reverso con una reunión de médicos voluntarios de la Cruz Roja, en Munich, el año 1899, nos hace pensar en cambio en lo sobrevenido.

<sup>67</sup> Ahí podemos ver el poder evocador de la llamada filatelia fiscal como ya dijimos. Pensemos por ejemplo en los sellos locales de los colegios, congregaciones o montepíos de los escribanos y los notarios anteriores a la entrada en vigor de la Ley del Notariado el 1 de enero de 1863, predominando el negro y el gris, estando los motivos relacionados con el lugar, como el torico sobre barras en Teruel, y un castillo en Lucena y Gibraltar, éste mantenido bajo la ocupación británica, *Civitas Calpe nsis Fides Publica*. El tema fue estudiado por Francisco Carreras Candi a fines del siglo XIX.

Estaba firmado por dicho Director General de Correos y Postas de España e Indias, Juan Álvarez Guerra, que además se titulaba del Consejo de Estado, académico de mérito de las Nobles Artes de Madrid y Valencia y de Ciencias Naturales, y socio también de mérito de varias sociedades económicas. El título estaba sellado con las armas reales, y se mandaba tomar razón suya en la Contaduría General de Correos y Postas y de la Renta de Estafetas, debiendo presentarse al respectivo subdelegado y en su defecto a la justicia ordinaria que correspondiera, para ese asiento en los libros capitulares de que acabamos de decir, haciéndose ello constar a continuación del mismo, para que no pudiera alegarse ignorancia.

El nombramiento era para servir la cartería de la correspondencia de la villa. La asignación correría a cargo del municipio. Se especificaba al agraciado “que cuando vaya y vuelva con las cartas deje en su casa bien custodiada la llave de la valija, respecto de que el administrador de la estafeta donde las recoge debe tener otra igual. Tendrá un buzón abierto a la calle, para que el público eche las cartas a cualquiera hora, y en la parte interior una caja cosida con yeso, cuya llave custodiará, como igualmente la de la valija, bajo de su responsabilidad. Cuando lleve las llaves a la estafeta, entregará al administrador el importe de la expedición anterior, debiendo las que no hayan podido despachar, para que se le abonen<sup>68</sup>. A la llegada de la correspondencia, entregará inmediatamente a la justicia las de oficio y enseguida la del público, entendiéndose esta disposición hasta las diez de la noche, pues si llegase después de esta hora reservará las cartas del público para distribuir las de inmediato”.

El Director firmante “ruega y encarga a los jueces, ministros, subdelegados y demás personas que ejercen jurisdicción y a los empleados de la Renta, que le tengan por tal cartero distribuidor de la correspondencia de Sepúlveda, y le guarden y hagan guardar las exenciones concedidas a los conductores distribuidores, a saber: No sirvan empleo de república ni desempeñen cargos concejiles. No poder embargárseles la caballería o caballerías destinadas al servicio de la conducción de la correspondencia. Que se le dé al precio corriente la cebada y paja que necesiten para su manutención. Que guardando las cosas vedadas puedan tenerlas en todos los baldíos y pastos comunes. Que usen y lleven armas ofensivas y defensivas para resguardo de sus personas, siempre que se hallaren ejerciendo su empleo. Y en el caso de faltar a la observancia de estas exenciones, los contraventores incurrirán en las penas establecidas y demás que se impongan a proporción del exceso”.

¿No podemos hablar de solemnidad postal a la vista de este texto? Una copia de este nombramiento, aunque presente modesto, no habría estado fuera de lugar

---

<sup>68</sup> Tengamos en cuenta que aún no había sellos de correos.

entre los presentes con que fue agraciado el doctor Thebussem por su cartería honoraria. Nos acordamos aquí de una tierra muy lejana, de las más aisladas del mundo, la pequeña isla de Tristán da Cunha. Devastada por un huracán, el jefe de correos arriesgó su vida por hacerse con el matasellos, no para evitar su pérdida o deterioro, sino que cayese en manos ajenas y fuese empleado en usos distintos de aquéllos para los cuales había sido creado. En los días que vivimos, aislados de la naturalidad por la interposición continua de técnicas que la han dejado atrás, nos cuesta hacernos una idea de lo que el correo significaba antes de ese radical cambio. *El correo* es una de los poemas del *Viaje de invierno* de Schubert. La elegía por el que no llegaba.

Y sólo me queda evocar los días en que yo, muy niño todavía, empecé a coleccionar sellos. Era en el Madrid sitiado. Dominaba el hambre y caían las bombas. Un zapatero de mi pueblo, que cuando reunía un álbum se ganaba unas perras, me daba algunos de los que tenía repetidos. Otros me los agenciaba yo al acecho de cualquiera ocasión. Me acuerdo de algunos: de los franceses, el molino de Alfonso Daudet, y un vagón para una conmemoración ferroviaria: de Filipinas y de Argentina, sus propios mapas: muy vivos eran los colores de los mejicanos y, por mor de su estilo vanguardista, las letras del texto parecían hacer parte del motivo representado; mucha seriedad había en algunos muy pequeños rusos y bálticos, en tanto que un sello de China, blanco sobre un rojo intenso, no puedo recordar si unas cifras o un dibujo geométrico, me parecía ya envuelto en una aureola de misterio denso. De por sí cada sello hacía pensar en su país. Y, el ineludible matasellos, en su viaje. Era la esperanza de la alegría de andar, y así al par que apagar la curiosidad encender otras curiosidades. Una continuidad desde entonces hasta ahora pese a tantas lluvias y noches mías y del mundo. El correo un paralelo de la andadura y las andanzas. Como del misterio y el embrujo de Hong Kong hace parte el que de allí salía, el que allí se dirigía y por allí pasaba, por eso el eco de sus mensajes en un libro de historia postal<sup>69</sup>.

---

<sup>69</sup> F-W. Webb, *The Philatelic and Postal History of Hong Kong, and the Treaty Ports of China and Japan* (The Royal Philatelic Society, Londres, 1961; con la colaboración de The Hong Kong Studi Circle y The Postal History Society). El estudio empieza en 1841. Con membrete de los hermanos Sennet, en Hankow, se reproduce un sobre dirigido a la viuda de Sennet, en la Avenue de la Republique de París; sus sellos son japoneses y de Hong Kong, y los matasellos Ichang e Ichang Pa Kua, del Correo Imperial Chino. A Londres, así en castellano, a ciertos “señores, del comercio”, se escribió desde la Manila de la Hispanoasia española, en 1868, con sellos de Hong Kong y fechador español, y el de pagado, “paid”, en Londres. También de una casa comercial de Manila, a Shangai, algo antes, en 1859, con marca de pagado en Hong Kong.